

ROBERTO APRENDE A “TIRAR” A LOS OSOS

—Hola, Roberto, mira directamente el punto que hay entre aquellas dos enormes piedras que están bastante arriba de aquel grupo de pinos, a la izquierda.

Roberto y su tío Bob estaban buscando osos. Ya hacía un año que el tío vivía en aquella región, entre las montañas del Estado de Colorado; trabajaba en una mina y vivía solo en una cabaña de madera de un ambiente, allí arriba, en la ladera de una montaña, entre los pinares. Roberto había ido a pasar dos semanas con el tío, y ambos habían salido para recoger nudos resinosos de pinos para el fogón. El muchacho escuchaba atento mientras el tío le contaba historias acerca de sus osos.

—Ahora —dijo aquel hombre grandote— es la hora de los osos. Todas las mañanas, a esta hora, aparecen. La primera vez que los vi, yo venía de una fuente, con un balde de agua fresca. Al apartar para atrás un arbusto del camino, escuché un grito en mi cabaña, como si alguien estuviera queriendo salir apresuradamente, antes que yo llegara. Eso me hizo temblar; pero al ver dos osos, uno grandote y el otro pequeño, corriendo alrededor de la cabaña, me asusté más todavía.

—Al entrar vi que la taza con miel que había dejado sobre la mesa estaba rota en el suelo. Los osos habían lamido toda la miel. Y los porotos que estaban en una bolsa de papel, en el armario, estaban esparcidos en el piso.

—¿Fue una osa y su cría los que hicieron eso? —preguntó Roberto.

—No —respondió el tío—. Probablemente eran hermanos. A veces el hermano mayor, sin prestar atención al hermanito, continúa junto a su madre, aunque ella tenga un hijito pequeño. Cuando el bebé oso crece y comienza a jugar, su hermano mayor juega con él y lo distrae, lo que muchas veces es un alivio para la mamá osa. ¡Mira, ya llegaron, allí están!

Entonces Roberto pudo ver dos figuras oscuras que se movían entre las rocas.

El tío Bob sintió entonces el apretón de dos manos agarradas a la suya. Súper asustado, Roberto le preguntó:

—¿Es verdad que los osos comen gente? —Mi s osos no hacen eso — respondió el tío.

—Hace tres meses que vengo domando estos interesantes animales. Al principio no los podía ver de cerca, ni oírlos, porque se escondían. Pero finalmente, se acostumbraron tanto a mí, que venían a lamer miel en un plato, en la escalera de mi puerta, en tanto yo, del otro lado del arroyo, los observaba. Cada día me aproximaba un poco más y observaba.

En ese momento vieron a los osos descendiendo por las rocas y arrastrando las patas, el mayor al frente.

—¿Quieres venir conmigo para alimentar a los osos?

—No, tío Bob, prefiero quedarme aquí. Los osos pueden asustarse al verme.

El tío Bob rió y dejando al sobrino agachado detrás de los arbustos, fue a buscar la miel.

El oso mayor apareció enseguida alrededor de la casa, con el menor detrás de él. El tío Bob caminó lentamente sobre un tronco, derramando con una cuchara la miel sobre el tronco, desde una punta hasta la otra. Cuando el hombre llegó a la otra punta, el oso grande ya había subido al tronco, en el punto en que el tío Bob había comenzado a esparcir la miel, y ya había comenzado a chuparla con su enorme lengua roja, y el oso menor lo seguía bien de cerca.

Al llegar al final del tronco, los dos osos ya estaban muy cerca de tío Bob. Entonces, con un extraño gruñido, el oso mayor dio una vuelta rápida y comenzó a subir la montaña, acompañado de su hermanito.

—Roberto —llamó el tío Bob— ¿qué tal una filmación de esa escena?

—¡Sería lo mejor del mundo! —respondió Roberto, saliendo de su escondite.

A la mañana siguiente, Roberto ayudó al tío Bob a alimentara los osos. Pero, para que los animales se acercaran al tronco, tuvieron que quedarse a unos ocho metros de distancia. Cada día los osos se acercaban un poquito más, hasta que un día el osito levantó su gracioso hocico negro y extendió su lengua roja para chupar la miel que chorreaba de la cuchara del tío Bob. Después que los osos se fueron rápidamente hacia la cima de la montaña, el tío Bob dijo:

—Mañana vamos a filmar eso.

Al día siguiente los dos osos tomaban directamente las gotas de la miel que caían de la cuchara. Mientras Roberto dejaba que la miel cayera, el tío Bob filmaba la escena. Después, riendo, le dijo al sobrino:

—Ahora puedes mostrarle a tus amigos cómo le "tiramós" a los osos con la filmadora.